

MARINA MAYORAL

(UNIVERSIDAD COMPLUTENSE. MADRID)

“Justiciero” y “Mateo Falcone”: ¿influencia o coincidencia?

En 1900, en un momento de plenitud humana y literaria, doña Emilia Pardo Bazán publicó “Justiciero”, un relato que coincide en bastantes aspectos con “Mateo Falcone” de Próspero Mérimée, obra de su primera etapa literaria y muy admirada por la autora gallega, que se refirió a ella con elogio en más de una ocasión.

En un trabajo anterior estudié la relación del cuento de doña Emilia con un suceso acaecido tres años antes en un pueblo cercano a Madrid y que fue muy comentado en la prensa¹. Anuncié entonces la intención que hoy llevo a la práctica: continuar el estudio para analizar las similitudes y diferencias con el relato del escritor francés.

La primera y más llamativa coincidencia es la del argumento. En el cuento de Mérimée, Mateo Falcone mata a su hijo porque este, entregando a un hombre perseguido por la policía, ha traicionado el deber de hospitalidad, que obliga a proteger a quien pide refugio en la casa. El padre mata a su hijo, según él, en un acto de justicia.

En el cuento de Pardo Bazán, Verdello, el protagonista, mata a su hijo por haber robado en la tienda donde trabaja. Y también lo hace como un acto de justicia.

El hecho de matar a un hijo y sobre todo el peculiar sentido de la justicia de los dos padres es lo que, por encima de otras diferencias, llama la atención. En el cuento francés se manifiesta de modo explícito. Cuando la madre, alarmada por el sonido del disparo acude corriendo y pregunta a Mateo Falcone: “Qu’as tu fait?” Él contesta escuetamente: “Justicie”². En el cuento de Pardo Bazán el protagonista no hace explícito el sentido de su acto, pero el título del cuento despeja cualquier duda posible. Ya Clarín se encargó con su característica saña contra la autora de dejarlo claro: “Doña Emilia aprueba el crimen del arriero, que ella, por lo visto, no considera crimen. El título del cuento lo dice: “Justiciero”. ¿Justiciero? ¡Animal!”³.

En ambos relatos los protagonistas tratan a su manera, bárbara y salvaje, de reconstruir un mundo que gira en torno al deber de la hospitalidad en un caso y en el otro al de la honradez. Desde su peculiar sentido de la justicia no son asesinos sino ejecutores de una ley no escrita.

¹ Marina Mayoral, “Pardo Bazán: de la noticia a la ficción”, en *Emilia Pardo Bazán: los cuentos*, ed. José Manuel González Herrán, Cristina Patiño Eirín y Ermitas Penas Varela, Real Academia Galega, A Coruña, 2006, pp. 225-250.

² Cito por Prospero Mérimée, *Colombe, suivi de La Mosaïque et d'autres contes et nouvelles*, Paris Charpentier, 1879, p. 270. Es el ejemplar que perteneció a doña Emilia y que se encuentra en la Casa Museo Emilia Pardo Bazán.

³ Lo escribió en un Paliqque publicado en *Madrid Cómico*, nº 23, el 3 de marzo de 1900. Puede leerse en Leopoldo Alas “Clarín”, *Paliques*, Hemeroteca Municipal de Madrid, Testimonios de prensa, nº 4, Ayuntamiento de Madrid, p. 675. y en el libro de Ermitas Penas, *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*, Universidade de Santiago de Compostela, col. Lalia, Series Maior, 2003, pp. 170-173.

Vamos a ver con más detalle las similitudes y las diferencias entre ambos relatos:

“Mateo Falcone” comienza con una descripción pormenorizada del espacio donde va a transcurrir la acción: el interior de la isla de Córcega, un lugar abrupto, refugio de los pastores corsos y de cuantos quieran escapar a la justicia. Informa la voz narrativa de cómo los campesinos queman parte del bosque y plantan después sus semillas en la tierra fertilizada por las cenizas. Y explica también que un fugitivo de la justicia puede vivir allí sin temor, ayudado por los pastores que le proporcionan leche, queso y castañas. Es un comienzo lento, que va preparando al lector para entender la solidaridad entre el campesinado y los fugitivos de la justicia y el alcance de la traición que cometerá el hijo de Mateo Falcone.

“Justiciero”, por el contrario, plantea de golpe y con rapidez una situación dramática: Una apacible cena familiar de un padre y una abuela se ve turbada por la aparición inesperada y a deshora del hijo y nieto de ambos. Se alegra la vieja y se disgusta y preocupa el padre, que sospecha que algo grave ha llevado al chico hasta la casa familiar desde el lugar en que trabaja y en el que debería estar.

El cuento de Próspero Mérimée, tras introducir el entorno social, se centra en la descripción del protagonista. Una voz narrativa, que actúa como yo testigo nos informa de que cuando él se encontraba en Córcega, en una fecha que no precisa (“*quand j'étais en Corse en 18...*”) Mateo Falcone tenía su casa a media legua del lugar antes descrito, y continúa con la descripción del personaje, siempre en una narración de yo testigo: “*Lorsque je le vis, deux années après l'évènement que je vais raconter, il me parut âgé de cinquante ans tout au plus*”. Es importante esta precisión porque significa que está contando algo que ya había sucedido cuando él conoce a Mateo Falcone.

Nos informa a continuación de sus rasgos físicos y de su excepcional habilidad con las armas de fuego, de la que aporta varios ejemplos. Resume su situación social: se le considera buen amigo y peligroso enemigo, es servicial y caritativo y vive en paz con todo el mundo. Propietario de rebaños, él no trabaja y se le considera un hombre rico. Cuenta que se le atribuye una muerte, que en sentido estricto es un asesinato: se deshizo de un rival amoroso disparándole desde lejos un tiro cuando el otro estaba afeitándose. No se pudo demostrar y Mateo Falcone se casó, tuvo tres hijas, cosa que le desesperaba, y por fin consiguió ser padre de un niño, que es la esperanza de la familia y el heredero del apellido. Esta parte termina con la información por parte del narrador de que las hijas están bien casadas y que Falcone en caso de necesidad puede contar con los puñales y escopetas de sus yernos, y que el hijo en el momento de la narración sólo tiene diez años, pero “anunciaba ya felices disposiciones”. Es decir, sitúa la acción en un ambiente en el que el uso de las armas para resolver problemas es algo habitual.

El cuento de doña Emilia es más moderno en su estructura. El pasado de los personajes se cuenta mediante una analepsis. El padre, desconfiado por la inesperada aparición del hijo, va a pedirle explicaciones, pero la abuela le ofrece de comer y el padre espera a que acabe la cena para interrogarlo sobre lo que sucede. Y, mientras el muchacho come, la voz narrativa, omnisciente selectiva, situada durante casi toda la narración desde la perspectiva del Verdello, se va hacia atrás y nos informa de quien es el personaje y de su situación: Verdello vive de su trabajo, es arriero, muy trabajador, ha sido buen marido y es un buen padre, hombre honrado a carta cabal: compra a los cosecheros y vende en tabernas y figones; todos confían en su juicio sobre la calidad de los vinos y en su honradez.

Igual que Mateo Falcone, tiene una muerte sobre su conciencia, pero fue en legítima defensa: lo atacaron en el camino, recibió dos estacazos en la cabeza y un corte de hoz, y se defendió matando.

Sabemos que tiene una hija casada que vive lejos, y un hijo, Leandro, débil, como su madre, tuberculosa. El Verdello considera que su trabajo es sólo bueno para hombres duros como él y quiere que su hijo tenga una vida más segura y descansada. Lo coloca de vendedor en una tienda de paños en la ciudad. Todo parece ir bien y la madre muere con la tranquilidad de imaginar a su hijo convertido en un tendero "de levita los domingos y en el bolsillo del chaleco su buen reloj de oro".

Se produce así una nueva similitud: los dos hijos parece que van a realizar las expectativas de sus padres sobre ellos: el uno anuncia "felicis disposiciones" y el otro, según informa por carta su jefe, es listo para el trabajo, sabe despachar y complacer y va ascendiendo en el negocio.

Se diferencian en que la falta cometida por Fortunato, el hijo de Mateo Falcone, es un hecho puntual y, digamos, sin antecedentes, mientras que Leandro ha cometido ya faltas, a las que su padre no ha dado importancia. Los pensamientos del Verdello mientras el hijo come hacen saber al lector que Leandro andaba "en pasos algo libres", según había sabido por el jefe del chico. El Verdello lo había disculpado: lo importante es que cumpla con las obligaciones de su trabajo, lo demás son "desahogos" propios de la edad y el sexo, a fin de cuentas "un hombre es un hombre". Sin embargo, esa noche se da cuenta de que las cosas son más graves de lo que había pensado.

La voz narrativa vuelve al presente de la cena y el padre interpela violentamente al hijo. Este calla y el Verdello adivina lo que ha pasado: "¡Tú has robado!", le dice en un arranque de furia incontenible.

Se llega así muy rápidamente al hecho que va a provocar la tragedia. Por el contrario, la escena de la "traición" de Fortunato se cuenta con mucha demora a través de largos diálogos.

El azar tiene un papel importante en el cuento de Próspero Mérimée y no lo tiene en el de Pardo Bazán. En el cuento francés se inicia esa parte decisiva, narrando que el padre y la madre se habían ido a visitar uno de sus rebaños en un claro del monte de matorrales. Fortunato quiere acompañar al padre, pero este decide que se quede vigilando la casa. Y la voz narrativa comenta que se verá cómo tuvo motivo para arrepentirse de su decisión: "on verra s'il n'eut pas lieu de s'en repentir".

Ese hecho azaroso está ausente en el relato de doña Emilia, en el cual la tragedia viene provocada por la conducta desordenada de Leandro, que lo lleva a robar, y de ahí a recibir el castigo, como una cadena de hechos lógicos y concatenados.

La otra diferencia evidente es la edad de los hijos; uno es un niño de diez años y el otro es un joven, al que se supone más responsable de sus actos.

Una diferencia importante es que en el relato francés, a través de los diálogos que mantiene el niño, primero con el bandido y después con el policía, se dibuja su carácter, su personalidad: es listo, valiente, astuto... e interesado.

El fugitivo de la justicia, que se presenta con su nombre y apellidos, Gianetto Sampiero, le pregunta al niño si es hijo de Mateo Falcone y al recibir respuesta afirmativa le pide que lo oculte, dando por supuesto la ley de hospitalidad. El niño replica que no sabe lo que

dirá su padre si él lo oculta sin su permiso. El bandido insiste: le dirá que hizo bien. Como el niño sigue negándose, el bandido lo amenaza con matarlo, pero el chaval se ha dado cuenta de que no tiene munición y de que, herido como está, no podrá alcanzarlo. Y se pone fuera de su alcance. Entonces el bandido recurre de nuevo a la ley de la hospitalidad: Tú no eres hijo de Mateo Falcone – le dice. ¿Vas a dejar que me arresten a la puerta de tu casa?

Hasta ese momento la única “culpa” del niño parece ser la de ignorar las leyes vigentes en su entorno, pero entonces hace algo que añade una nota negativa a su carácter: Le pregunta al bandido qué le dará a cambio de su protección. Recibe una moneda de plata y entonces lo oculta en un montón de heno, y da muestras de una gran sagacidad y astucia, que el narrador se encarga de subrayar: pone sobre el heno a una gata recién parida con sus gatitos, para que parezca que nadie ha tocado la paja.

Esas notas del carácter del niño se refuerzan en el diálogo siguiente entre Fortunato y el sargento, que es primo de Mateo Falcone. El niño se escabulle de las preguntas o miente sin empacho, negando que haya visto al bandido. Se ríe de las amenazas y de las ofertas del policía y le recuerda una y otra vez que es hijo de Mateo Falcone. Esa situación se prolonga hasta que el niño ve el reloj de plata del militar. Este se da cuenta de que lo desea y se lo ofrece a cambio de la delación. Asistimos a la lucha interior del niño entre la codicia y el respeto al trato anterior. Se crea un suspense que se prolonga un buen rato hasta que al final vence el deseo y con un gesto de su mano el niño señala el lugar donde se esconde el fugitivo.

Nada de esto encontramos en el relato de doña Emilia. Lo poco que sabemos de Leandro nos llega siempre indirectamente, a través de la carta de su jefe en la que informa a los padres de que el chico vale para el negocio, o de los pensamientos del padre que lo ve primero débil y enclenque, como “fruto de una madre tísica” y al final “enviado en mujerzuelas”. No sabemos qué le ha llevado a robar, aunque se alude a las malas compañías. Asistimos a los hechos consumados, y como personaje Leandro no tiene ninguna entidad.

El ritmo del desenlace es también muy diferente en los dos relatos. El francés es más lento. El bandido insulta a Fortunato: “¡Fils de...!” con más desprecio que cólera, puntualiza el narrador. El niño le arroja la moneda de plata, pero el bandido no le presta atención. Después se niega a andar por estar herido en una pierna y hay un cruce de palabras entre el bandido y el sargento; finalmente los soldados le preparan unas angarillas. La escena se va así alargando y culmina con la súbita aparición de Mateo Falcone y su mujer. El narrador puntualiza que ella avanza penosamente bajo el peso de un enorme saco de castañas mientras que Falcone va muy cómodo con sus dos fusiles, uno en bandolera y otro en la mano, ya que es indigno de un hombre llevar otra carga que no sea la de sus armas.

Otro comentario se refiere al carácter de los habitantes de esa parte de la isla: Falcone al ver soldados a la puerta de su casa, ordena a la mujer dejar la carga y coger uno de sus fusiles, porque –aclara el narrador– aunque tenía la conciencia tranquila, hay pocos corsos montañeses que escrutando bien en su memoria no encuentran algún “pecadillo”, “*telles que coups de fusil, coups de stylets et autres bagatelles*”. De modo que, como hombre prudente, se aprestó a “une belle defense”. Este tipo de comentarios, que muestran el machismo y el carácter belicoso de la sociedad en que se desarrolla el relato, no aparecen en el cuento de Pardo Bazán.

Se produce entonces otro momento de suspense en el relato:

El sargento que ve avanzar a Falcone en tal tesitura duda de si será pariente o amigo del bandido y decidirá, pese a ser también ellos primos, emprender a tiros su defensa, con lo cual –calcula– al menos a él le tocaría un tiro de su fusil. Venciendo el miedo, que le hace encontrar larguísimo el trecho que los separa, el sargento avanza hacia Falcone, abordándolo como a un viejo conocido. Falcone se detiene, sin contestar, pero a medida que el otro habla va subiendo el cañón del fúsil, hasta ponerlo mirando al cielo en el momento en que el sargento llega hasta él y le cuenta lo sucedido. Esta sucesión de tensiones y distensiones del relato no se producen en el de Pardo Bazán, que va derechamente hacia su desenlace de una forma mucho más rápida.

Antes de llegar al momento en que se iniciará la tragedia, todavía tiene lugar un diálogo entre los tres personajes. El sargento saluda cordialmente al matrimonio y lo informa de que han apresado al bandido Gianetto Sanpiero. La mujer de Falcone se alegra y dice que el bandido les había robado una cabra lechera. Falcone, por el contrario, lo disculpa y justifica: ¡Pobre diablo! Tenía hambre. El sargento sigue informando de las fechorías del bandido: ha matado a uno de sus hombres y le ha roto un brazo a otro, estaba bien escondido, pero gracias a Fortunato lo han podido descubrir y lo hará constar en su informe.

Ese momento es similar a aquel de “Justiciero” en que Verdello se da cuenta de que su hijo ha robado. La reacción de Mateo Falcone es más contenida, solo dice muy bajo, casi para sí mismo: “¡Malédiction!”.

El desenlace va a alargarse mucho más que en el cuento de Pardo Bazán. El lector va entrando, poco a poco, en la situación que desembocará en la tragedia, mediante la acumulación de escenas y detalles. La primera tiene lugar cuando los tres personajes, el sargento y la pareja, se reúnen con los que están con el bandido, y este mirando hacia la casa de Falcone escupe hacia el umbral, diciendo: “Maison d’un traître!”.

El narrador puntualiza que solo un hombre dispuesto a morir osaría llamar traidor a Falcone porque era seguro que habría pagado con la vida el insulto, sin embargo, Falcone sólo se llevó la mano a la frente, abrumado.

Siguen todavía algunos detalles de la escena. Fortunato, que había entrado en la casa al ver a su padre, sale con un jarro de leche que le ofrece con los ojos bajos al bandido, pero este lo rechaza con voz fulminante y le pide de beber a un soldado. Falcone no habla, ni siquiera contesta al saludo del sargento cuando se marcha. Pasan casi diez minutos sin que diga ni una palabra y cuando rompe el silencio es para dirigirse a su hijo, a quien mira con cólera reconcentrada y sólo le dice: *Tu commences bien!*

A continuación se producen una serie de coincidencias importantes entre los dos relatos.

La reacción de los culpables es muy parecida. Leandro, “con inmensa angustia, con movimiento infantil” quiere echarse en brazos del padre, que lo rechaza de un modo instintivo y violento, lanzándolo contra la pared. El chico llora y el padre “entre juramentos y blasfemias” le repite una y otra vez su delito: “¡Has robado!(...) ¡robaste la caja, robaste a tu principal!”

Fortunato intenta también arrojarse llorando a las rodillas del padre, que lo detiene con un grito: *Arrière de moi!*

Otra similitud es que tras la explosión de cólera los dos protagonistas adultos se calman, y en los dos casos la voz narrativa hace notar que aquella es una mala señal. Cuando habla Mateo Falcone lo hace con una voz “calme, mais effrayante pour qui connaissait l’homme”.

Esa misma puntualización se produce en "Justiciero". El Verdello echa espuma por la boca, lanza diversos exabruptos, y de pronto " se aquietó", y la voz narrativa informa: "para quien le conociese, era aquella quietud muy mala señal".

Una tercera semejanza en esa escena es que los dos protagonistas, al enterarse de la falta cometida por el hijo, señalan que esa mala cualidad que los ha llevado a delinquir no la han heredado de sus progenitores. El Verdello le dice a su hijo: "El robar no te viene de casta". Mateo Falcone es más contundente. Le pregunta a su mujer: "Femme, dit- il- cet enfant est-il de moi?". Su mujer enrojece y contesta con dignidad: Que dis-ti, Mateo? Et sais- tu bien à qui tu parles?". Entonces Falcone dice unas palabras totalmente semejantes en su contenido a las del Verdello: "*Cet enfant (...) est le premier da sa race qui ait fait une trahison*".

Nos acercamos ya al desenlace. La escena final es diferente y a mi juicio está mejor resuelta en "Justiciero", está más concentrada y por ello es más intensa.

Los dos padres hacen salir al hijo del ámbito de la casa familiar y lo llevan uno hacia el bosque y el otro hacia el campo, hacia una tapias destruidas de un huerto abandonado.

Mateo Falcone escoge un lugar en el que la tierra sea blanda y permita cavar una tumba, el niño se da cuenta de lo que va a pasar y se pone de rodillas, pidiendo que no lo mate. El padre le ordena rezar sus oraciones: reza el Padre Nuestro y el Credo y Falcone responde Amén al final de cada una. Después le dice si aquellas son todas las oraciones que conoce. El niño responde que sabe el Ave María y una letanía que le ha enseñado su tía. Falcone dice que esa letanía es muy larga, pero que no importa, que la rece. La escena empieza a cobrar tintes de crueldad morbosa. Mal está que lo mate, pero que prolongue de ese modo la agonía del chiquillo, que reza con voz apagada y que vuelve a suplicar perdón al acabar, resulta de una crueldad intolerable. Finalmente y mientras el hijo aún suplica y promete no volver a hacerlo, el padre dispara y lo mata. Sin mirarlo va hacia su casa a buscar un azadón para enterrarlo. Se encuentra a su mujer en el camino que le pregunta horrorizada qué ha hecho. Él contesta: "Justicia". Ella pregunta dónde está el niño. Falcone responde que en el barranco y que va a enterrarlo, que ha muerto cristianamente y que hará que le canten una misa. Y que le digan a su yerno Teodoro Bianchi que venga a vivir con ellos.

En "Justiciero" se cuenta la escena final a un ritmo más rápido. El Verdello ordena salir de la casa al hijo. Hace una noche heladora, pero no se atreve a protestar. Pardo Bazán tiene el acierto de introducir en esa escena la presencia del perro, que recibe con alegría a Leandro, apoyándole en el pecho las patas. El perro los acompaña alegremente hasta el lugar en el que Verdello empuja a su hijo contra una tapia y se coloca frente a él con un revolver en la mano. La alegría del perro pone un contrapunto que aumenta el dramatismo de la escena. Leandro quiere huir, pero el mismo temblor que antes hacía casteñetear sus dientes, "descendió a sus piernas flacuchas de mozo enviciado en mujerzuelas" y le hizo caer de rodillas. Esa visión no es de la autora sino del padre. La narración omnisciente selectiva nos da la visión del Verdello ante ese intento de huida del hijo. Pide perdón Leandro, ve el padre, a la escasa luz de las estrellas, los ojos aterrados de su hijo y hace fuego justo entre los dos ojos, y añade el narrador omnisciente, "cuya última mirada de súplica se le quedó presente, imborrable". El perro exhala un largo aullido, que, en mi opinión, simboliza el horror de la naturaleza ante un hecho "contra natura". Pero el Verdello cree haber hecho lo que debía hacer. Al contrario de Mateo Falcone, se acerca a su hijo para comprobar que está muerto y el narrador, en estilo indirecto libre nos trascribe

su pensamiento: "Ya no respiraba aquella mala semilla". Igual que el labrador arranca las malas hierbas del campo (recordemos además la parábola de la cizaña) el Verdello ha destruido la semilla que no debe fructificar.

La frase final de "Mateo Falcone" nos hace suponer que para él las cosas van a seguir igual. De hecho así ha sido. Inmediatamente después de haber matado a su hijo da la orden de que uno de sus yernos vaya a vivir a su casa, lo que significa que un nieto va a sustituir a Fortunato en los planes de Mateo Falcone: será su heredero. Sabemos, porque nos lo ha dicho el narrador al comienzo, que dos años después de estos hechos sigue viviendo en su casa y es un hombre respetado y estimado. Suponemos que, igual que sucedió con su primer crimen, quedará impune el segundo. La gente sabrá que su casa no es la casa de un traidor sino la de alguien que ha hecho justicia contra un traidor, aunque este sea su propio hijo. Y la Justicia –con mayúscula– no podrá demostrar el crimen ni castigarlo por ello.

La situación del Verdello es muy semejante. Su crimen reconstruye el mundo de honradez que su hijo había destruido. Ya no será "el padre de un ladrón" sino el hombre que ha hecho justicia contra un ladrón. Y es posible que tampoco tenga que pagar por su crimen. Sabemos porque hemos sido testigo de sus pensamientos que su intención es reponer lo que el hijo ha robado, se queda sin ahorros pero eso no le importa. Es posible que el jefe de Leandro, al recuperar lo robado, se calle. Sólo el perro es testigo del crimen. La abuela, igual que la madre de Fortunato, no va a denunciar al homicida. El narrador no da ningún dato sobre el futuro del Verdello, sólo dice que la última mirada del hijo "se le quedó presente, imborrable". Es un hombre con menos poder que Mateo Falcone y no contará con el entorno de solidaridad que va a proteger al corso. Pero lo que queda claro en el relato es que, impune o castigado, Verdello será para su entorno el padre honrado que ha matado a un ladrón.

El cotejo detallado de ambos relatos nos lleva a la conclusión de que hay demasiadas semejanzas para tratarse de mera coincidencia. Y más que la similitud en las grandes líneas del relato –padres que matan a sus hijos convencidos de que están haciendo un acto de justicia– me llevan a esta conclusión los pequeños detalles: que Mateo Falcone diga que ha hecho justicia cuando acaba de matar a su hijo, y que doña Emilia de a su cuento el título de "Justiciero"; la calma de los dos protagonistas, tras la cólera al enterarse de la falta de sus hijos, y, sobre todo, la similitud en el modo de expresarlo. Mateo Falcone habla con una voz "calme, mais effrayante pour qui connaissait l'homme". Y el Verdello se aquietó y "para quien le conociese era aquella quietud muy mala señal". Esa frase "para quien le conociese" es traducción literal de la utilizada por Mérimée. Menos llamativa, pero importante es la coincidencia de los dos protagonistas en señalar que ninguno de sus antepasados ha cometido tal falta, y en la utilización de un término semejante para expresarlo: "raza" en Mérimée, "casta" en Pardo Bazán.

Sin embargo en ningún momento Pardo Bazán relacionó su cuento "Justiciero" con "Mateo Falcone", pese a las evidentes coincidencias de tema, y pese a su reiteradas alabanzas al cuento de Mérimée, al que considera una "obra maestra"⁴.

⁴ Véase *La Literatura Francesa Moderna. La transición*, Renacimiento, Madrid, 1911, págs. 69 y 70 y *La Literatura Francesa Moderna III. El Naturalismo. Obras completas*, t. 41, Renacimiento, Madrid, s.a., págs. 150 y 155.

No sabemos cuando doña Emilia lo leyó por primera vez. El ejemplar de su biblioteca en el que se encuentra ese relato está editado en París en el año 1879, lleva en el índice unas líneas que subrayan varios relatos, entre los que está “Mateo Falcone” y al margen escribe “Muy bonito todo”. Estos relatos son a los que dedica mayor atención en su estudio sobre el autor francés.

En 1880 Doña Emilia fue a Vichy a tomar las aguas, y es posible que comprase y leyese entonces por primera vez el relato de Mérimée, en esa edición de 1879. El cuento le gusta y lo subraya en el índice. Diecisiete años más tarde, en 1897, un suceso es ampliamente comentado en los periódicos madrileños: en Villaverde un joven con mala reputación aparece muerto junto a las tapias del huerto de su padre. En el pueblo se comenta que se mató al huir de su padre, que pretendía castigarlo. Las pesquisas policiales van por otro camino, hay otro sospechoso. Sin embargo Doña Emilia escribe en *La Ilustración Artística*: “Nuestro instinto parece que nos dicta una hipótesis”. No se atreve a enunciarla porque requeriría disponer de medios de investigación de los que ella carece y que podrían dar luz “acerca de los motivos que pueden sugerir a todo un pueblo la suposición terrible y monstruosa de que un padre ha asesinado a un hijo”⁵.

Tres años más tarde publica “Justiciero”.

Creo que el proceso de creación pudo pasar por las siguientes etapas. La lectura del cuento de Mérimée deja en ella una profunda huella, como se ve por los elogios que le prodiga en sus libros sobre la Literatura Francesa. Años después el crimen de Villaverde la enfrenta a un caso que la intriga: por un lado van las pesquisas judiciales y por otro la opinión del pueblo. La figura de un padre que mata a un hijo para castigarlo trae a su recuerdo “Mateo Falcone”, pero las circunstancias son muy diferentes, no le sirve para explicar el crimen de Villaverde, pero sí para poner en marcha un proceso de creación que tardará tres años en dar su fruto. De una primera lectura del cuento de Mérimée creo que procede la figura del padre “justiciero”, que ejerce la justicia contra su propio hijo, y de una relectura más cercana a la redacción del cuento, proceden probablemente, los pequeños detalles que hemos señalado: la temible calma que sigue a la cólera, la frase “para quien le conociese” y el sentimiento de que el hijo ha traicionado la raza de hombres honrados de la que procede.

La forma de contarlo es completamente original. Pardo Bazán no ha seguido en absoluto las pautas de Mérimée. Como hemos visto, la voz narrativa es diferente; narrador testigo en el cuento francés, omnisciente selectiva en el español. Doña Emilia suprime la presentación del escenario y los largos diálogos; informa del pasado del protagonista mediante una analepsis magistralmente encajada en la narración. Con rápidos trazos dibuja la figura de un hombre tosco, primitivo, valiente, trabajador, honrado a carta cabal, buen marido y buen padre. La escena inicial, interrumpida por la llegada del hijo, basta para darnos una idea de lo que es la vida modesta pero ordenada del protagonista. La resolución de escena final es espléndida: el frío de la noche de helada con el brillo de las estrellas, el contrapunto de la alegría del perro que recibe alborozado la presencia del

⁵ *La Ilustración Artística*, nº 815, 9 de agosto, 1897; Emilia Pardo Bazán, *La Vida Contemporánea*, Hemeroteca Municipal de Madrid, 2005, p. 87.

chico, la última mirada que cruzan padre e hijo, ese comentario final de hombre de campo que resume el sentimiento del deber cumplido para Verdello...

No sé si es pasión de pardobazanista, pero creo que doña Emilia ha mejorado el cuento que le sirvió de inspiración: la figura del arriero tiene mayor grandeza trágica que Mateo Falcone, al que vemos arropado por su entorno social, integrado en él, mientras que el Verdello es una figura solitaria, que lucha solo por mantener vivo el mundo de honradez en el que ha vivido y que es su razón de ser. Por otra parte, la víctima del relato francés, un niño de diez años, y el modo demorado en que es asesinado nos predispone en contra de Mateo Falcone. Se supone que la intención del autor es despertar compasión por el niño y resaltar la voluntad inflexible del padre, pero lo que provoca es rechazo ante ese padre que además de matar obliga a rezar, incluso una larga letanía, al pequeño. Y a eso se une su decisión inmediata de sustituir al hijo por el nieto. El Verdello mata, pero nunca podrá olvidar la mirada suplicante del hijo, y el lector, aunque horrorizado, comparte, por obra y gracia del bien contar de doña Emilia, la impresión de que el padre ha eliminado una mala semilla.

Con "Justiciero" Pardo Bazán consiguió lo que echaba de menos en las pesquisas policiales del crimen de Villaverde: echar luz sobre los motivos que pueden llevar a un padre a matar a un hijo. No se trata de la acción de un loco, ni es la consecuencia de un momento de ofuscación durante una pelea. No es el crimen de un monstruo sin entrañas. Doña Emilia con muy pocas páginas, muchas menos que su colega francés, ha conseguido crear un héroe trágico y que el lector lo comprenda y, comprendiéndolo, lo disculpe. Creo eso no ha llegado a alcanzarlo el "Mateo Falcone" de Próspero Mérimée.